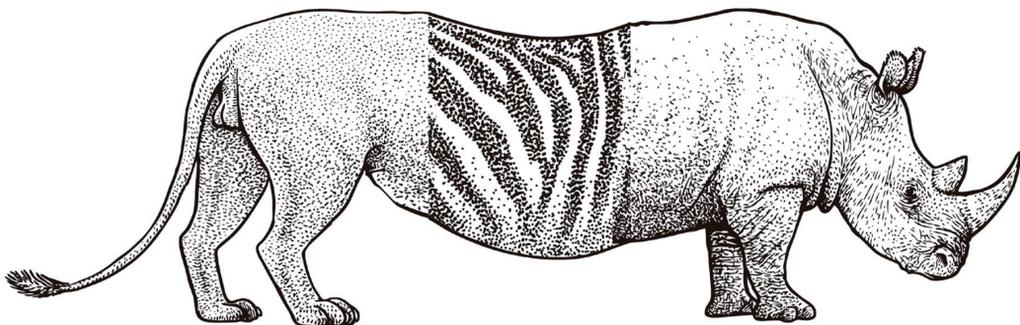


GONZALO GARCÉS

EL
TANGO
DE
OSCAR
WILDE

Y OTRAS HISTORIAS
CRUZADAS



GONZALO GARCÉS

EL
TANGO
DE
OSCAR
WILDE

Y OTRAS HISTORIAS
CRUZADAS

 Planeta

LA APUESTA DE PASCAL

Esta historia pasa en Suiza, o mejor dicho empieza en Suiza y después recorre parte de Europa, de África y de América del Norte. Es una historia de gente muy lógica y también muy apasionada, aunque ¿se puede ser muy lógico y también muy apasionado? La historia, en todo caso, me la contó la mujer de mi padrastro, que trabajó en Ginebra en los ochenta y tuvo una amiga que es la protagonista de lo que voy a contar. De hecho, creo que esto no le podría haber pasado más que a una suiza. Lo cierto es que desde que la escuché no dejo de darle vueltas.

A mediados de los años ochenta esta mujer vive en Ginebra, que es su ciudad natal, y también la ciudad natal de sus padres y sus abuelos. Tiene treinta y ocho años, está casada hace nueve. Vamos a llamarla Sofía, que como todo el mundo sabe significa sabiduría. El caso es que Sofía está casada con Jonas. Ella trabaja en una agencia de viajes, él es empleado en una fábrica de aglomerados. Un día Sofía decide que se tiene que divorciar. No pasa nada malo en su matrimonio; al contrario, Jonas es buen compañero, es inteligente, no es feo. Coinciden en muchas cosas: los dos piensan, por ejemplo, que Ronald Reagan es un peligro para

la humanidad, que Boris Becker es el mejor tenista del mundo y que esa chica Madonna tiene algunas canciones buenas. Así que es lo que se llama un buen matrimonio.

El problema es que Sofía no se siente enamorada. Siente muchas cosas por Jonas, pero enamorada no está. Y no quiere que su vida pase sin saber lo que se siente estar enamorado. Así que resuelve divorciarse, porque piensa que es lo único que puede hacer una mujer honesta. Pero como además de honesta Sofía es una mujer metódica, se propone evaluar si Jonas, por su lado, ha sido feliz con ella. Hace el inventario de los viajes que hicieron juntos, de los cumpleaños que le organizó. Llega, incluso, basándose en el promedio de los últimos meses, a calcular cuántas veces habrán hecho el amor, con un margen de error de más o menos diez. La conclusión a la que llega la deja bastante afligida: ella no le dio a Jonas la felicidad que merece un hombre como él. Así que cambia de plan.

Este es el plan de Sofía: van a pasar tres meses viajando. Van a ir a Italia, al norte de África, a España, a Francia. Van a hacer un viaje en auto desde Nueva York hasta Nueva Orleans. Durante todo ese tiempo Sofía se va a comportar exactamente como lo haría si estuviera locamente enamorada de Jonas. Cuando se cumplan esos tres meses, van a volver a Ginebra y ella se va a divorciar. Así, razona Sofía, aunque el divorcio le duela, Jonas por lo menos va a tener, para siempre, el recuerdo de esos meses de felicidad.

Salen a la ruta un primero de junio. Es excitante cruzar los Alpes en auto, con la música fuerte. Llegan a Milán felices y muertos de hambre; caminan al lado de los canales, pasan el Duomo y entran en las galerías Vittorio Emanuele. Ese día y los demás días comen cosas deliciosas, se emborrachan, caminan abrazados. Sofía le hace a Jonas todas las cosas eróticas que se pueden hacer en una pieza de hotel, en un auto, en un callejón a media luz. En cada lugar les pasan esas cosas entre ridículas y emocionantes que

pasan cuando uno viaja enamorado. En el Lago di Garda, un cisne agita las alas como desafiando a Jonas y Jonas agita los brazos y le devuelve los gritos mientras Sofía se muere de risa.

En Verona se alojan en un caserón que tiene frescos del siglo XVII y Jonas le cuenta una historia de miedo. En Venecia ven volar a las palomas de la plaza San Marco, mientras Sofía apoya la cabeza en el hombro de Jonas. En todo momento Sofía actúa como lo haría si estuviera enamorada de Jonas; y como es obvio que Jonas es feliz, Sofía se siente bien por partida doble: primero porque lo quiere y le gusta verlo feliz, y segundo porque le gusta que las cosas salgan tal como las planeó. Del norte de Italia cruzan a Marruecos, de ahí a España, de España a Francia. En Marrakesh un mono amaestrado le roba el encendedor a Jonas. En Sevilla suben a la Torre de la Giralda y recuerdan el día que se conocieron.

En París caminan junto al Sena, compran libros en la librería Shakespeare & Company, ven el atardecer desde las escaleras de Montmartre. Una mañana les da por entrar a la que fue la casa de Blaise Pascal. Pascal fue un teólogo y filósofo del siglo XVII; se lo recuerda, entre otras cosas, por lo que se conoce como la “apuesta de Pascal”. Todo esto les explica el guía. ¿Qué es la apuesta de Pascal? Es un razonamiento que le dedica a los no creyentes. Pascal pensaba que tener fe es la mayor bendición que puede conocer un ser humano. Entonces imagina cuatro escenarios posibles: uno, tenemos fe y Dios existe; dos, tenemos fe y Dios no existe; tres, no tenemos fe y Dios existe; cuatro, no tenemos fe y Dios no existe.

¿Y todo esto qué quiere decir? Que no tenemos nada que perder creyendo, porque si creemos y Dios existe, habremos tenido siempre razón, y si creemos y resulta que Dios no existe, igual habremos vivido una vida feliz. Incluso si no creemos, obrar como si creyéramos es tan parecido que se confunde con la fe. Jonas y

Sofía escuchan estas explicaciones y les parecen bastante interesantes, pero no prestan mayor atención. El viaje sigue. Cada vez que salen a la ruta ponen música y cantan juntos a gritos, y cada vez a Sofía le parece que la música habla de lo que les está pasando, como en esa canción de Carly Simon que se llama *Coming Around Again*, que habla de un matrimonio que perdió la chispa, pero también dice que si uno está dispuesto a jugar el juego, esa chispa va a volver, y al final Carly dice que cree en el amor, como si fuera una cuestión de fe, aunque sea una fe que se va a terminar, y esto Sofía no lo olvida nunca, apenas vuelvan a Suiza.

¿Y Jonas, a todo esto? Está sorprendido, está agradecido. De hecho, en algún momento siente que no se lo merece, y se lo dice. Esto pasa cuando ya están en Nueva York. Están tomando una cerveza en una mesita de la vereda en el East Village. Enfrente hay una hilera de edificios con escalera de piedra, de esos que se llaman *brownstone*. De golpe Jonas le dice: “Disculpame”. “¿Disculpate por qué?”, dice Sofía. “Porque no hice nada para que seas así conmigo”, dice Jonas. “Me dejé estar, nunca se me ocurrió proponerte un viaje así”.

Sofía se pregunta si Jonas tiene razón. Sofía siempre quiere ser lógica y justa, y siempre se toma un momento para pensar en lo que le dicen. Pero razona que si uno solo ama cuando el otro lo merece, no se puede hablar de amor, en todo caso de una transacción. Así continúa el viaje. Alquilan otro auto y atraviesan bosques, campos de trigo. Pasan por Williamsburg, por Jacksonville. Comen pollo frito en Charleston y visitan el monumento al general Lee en Biloxi y toman vino en el barrio español de Nueva Orleans. Tienen acumulados recuerdos felices como para toda una vida. El 30 de septiembre, tal como Sofía había planeado, se toman el avión de vuelta a Ginebra.

Si esto fuera una comedia romántica, todo se resolvería porque en el curso de estos tres meses Sofía, de tanto actuar como

si estuviera enamorada de Jonas, se habría enamorado de verdad. Pero esta no es una comedia romántica y no pasa eso. Sofía es una mujer honesta y metódica, y piensa cumplir lo que se propuso. Así que el día señalado se sienta con Jonas a la mesa de la cocina y le explica por qué hizo todo lo que hizo y por qué ahora se va a divorciar. Jonas está perplejo. Se acuerda de la apuesta de Pascal. Le pregunta: “¿Si hubieras estado enamorada, habrías hecho algo diferente?”. Sofía reconoce que no.

“¿Fuiste *feliz* haciendo como si estuvieras enamorada?”, le pregunta Jonas. “Sí”, dice Sofía, “pero eso fue porque te quiero y me gustó hacerte feliz a vos”. Jonas piensa un poco. “¿Y estás segura”, le dice, “de que eso es diferente a estar enamorada?”. “Sí”, dice Sofía, pero Jonas insiste: “¿Estás segura”, le dice, “estás *mu*y segura de que en la suma total de tu vida, esto no habrá sido el amor que buscaste?”. Sofía mira la cara de Jonas, bronceada, con la barba medio crecida, con los ojos brillantes de fe, y sabe lo que va a responderle. El problema es que yo no lo sé. Tal vez ustedes lo sepan.